

pontificando el señor rector— «debe convertirse nuevamente en una aventura peligrosa y dejar de ser refugio de cobardes, (...) hay que ponerse al servicio de la patria con las fuerzas que va a crear Hitler, Canciller del pueblo alemán».

El documento de la ruptura total de la filosofía política —en nuestro contexto: del mito del rey filósofo— es una breve alocución dirigida a «Estudiantes alemanes», publicada en un diario estudiantil de Freiburg el 3 de noviembre de 1933, que dice entre otras cosas:

La revolución nacionalsocialista trae consigo la total transformación de nuestra existencia (*Dasein*) alemana. (...) Ya no podéis seguir siendo tan sólo «oyentes». Estáis obligados a participar en el saber y en el obrar para la creación de la futura casa de estudios superiores del espíritu alemán.

Cada uno de vosotros debe ante todo probar sus dones y sus preferencias. (...)

Que cotidianamente y en el futuro se confirme la fidelidad de la voluntad de seguimiento. (...)

Que ininterrumpidamente crezca en vosotros el valor para ser ofrenda de la salvación de la esencia y de la elevación de la más íntima fuerza de nuestro pueblo en un Estado.

Que las reglas de vuestro ser no sean principios ni «ideas». El Führer mismo, y únicamente él, es la actual y futura realidad alemana y su ley. (...)

Heil Hitler! Martin Heidegger. Rektor.¹⁸

En esta inequívoca proclama, el filósofo y rector Heidegger traiciona de un modo total la esencia de la filosofía como intento de fundamentar racionalmente el conocimiento, la acción, la entera existencia del hombre; peor aún: aconseja a los jóvenes no preocuparse por buscar dichas normas, dado que ahora *uno* ya no tiene que hacerlo: hay ahora *un hombre que encarna el destino* y se hace cargo de la responsabilidad de *uno*. El Führer reemplaza al rey filósofo; pero con el agravante de que no reconoce por encima de sí norma, valor ni objetividad alguna, de suerte que Hitler aparece —tanto en la vida de Alemania como las ideas que en ese entonces expresa Heidegger— «como una forma de lo Absoluto, pues no admite ninguna instancia sobre sí, ni siquiera los dioses o el Dios que admiten los reyes»¹⁹

La salvación o el peligro

Como habíamos dicho, al dictar su conferencia en la Universidad de Heidelberg, el flamante Rector de Freiburg volvió a encontrarse en aquella ciudad, como tantas veces anteriormente, con su amigo y colega Karl Jaspers. Éste se sorprendió mucho —ya dos meses antes de esta última visita— porque Heidegger, que le había traído de regalos discos de música gregoriana, que habían estado escuchando, aludió de pronto al incontenible avance del nacionalsocialismo (estamos en marzo de 1933) y concluyó abruptamente, abandonando inclusive la ciudad antes de lo previsto: «Man muss sich einschalten». «Yo —comenta Jaspers— me asomé; y no pregunté nada»²⁰.

Discretamente Jaspers inclusive omitió esta dolorosa y enigmática *Kehre* de su amigo en la primera edición de su *Autobiografía filosófica*, escrita a fines de la década

bras: «No se trata de orgullo ni de testarudez, sino únicamente del cuidado (*Sorge*, preocupación) por mi trabajo. Cuya tarea ha llegado a ser con los años cada vez más simple; lo que, en el campo del pensar, significa, cada vez más pesada, más difícil», *Der Spiegel*, ed. cit., p. 3. La entrevista ocupa las pp. 193 a 219.

¹⁶ Jaspers alude a esta «arbitraria traducción», a esos «gestos patéticos y carentes de verdad» en *Notizen zu M. Heidegger*, p. 45. Cruz Vélez, *El mito del rey filósofo*, p. 254.

¹⁷ Karl Jaspers, *Notizen zu M. Heidegger*, p. 236; Cruz Vélez, *El mito del rey filósofo*, p. 257.

¹⁸ *Der Spiegel*, Hamburg n.º 23 (31/5/1976), p. 198. Cfr. Cruz Vélez, cit. p. 257.

¹⁹ *El mito del rey filósofo*, p. 259.

²⁰ Karl Jaspers, *Philosophische Autobiographie, Erweiterte Neuauflage mit dem Kap. Über Heidegger*. München: Piper, 1977, p. 100. En un lenguaje coloquial, la frase de Heidegger significa «hay que meterse», «hay que intervenir», «hay que conectarse», etc. Por la reacción del propio Jaspers y por el mismo contexto, es obvio que Heidegger no alude a intervenir en contra de esa nueva corriente, sino más bien a favor de ella.

del 50 para la *Library of Living Philosophers* de P. A. Schilpp. Pero en una nueva edición, fuera de dicha serie, agrega el capítulo «Heidegger» donde figura lo recién narrado y la descripción de la conferencia a que aludimos al comienzo de este apartado, dictada en mayo de 1933. En esta conferencia, el señor rector —saludado y presentado como «camarada» por el presidente del movimiento estudiantil oficialista— expuso «un programa de renovación nacionalsocialista de la universidad. Exigía la total transformación de su esencia espiritual. Los profesores que aún mantenían sus cargos —decía— no son capaces, en su mayoría, de cumplir con las nuevas tareas. En diez años habrá que contar con una nueva generación de docentes más capaces. Entonces les dejaremos estos cargos. Mientras tanto pasaremos por una etapa de transición». Heidegger —sigue contando Jaspers— «habló con rencor de algunas manifestaciones de la vida universitaria, incluyendo los altos sueldos de los profesores; lo que fue saludado por un poderoso aplauso de los estudiantes y de algunos pocos profesores».

Concluida la conferencia, ambos filósofos mantuvieron aún algunas conversaciones —sería el último encuentro de Heidegger y Jaspers—. Este último no le ocultó que el discurso lo había defraudado, pues esperaba que el colega, en su función de rector, abogara más enérgicamente por la gran tradición de la universidad alemana de Goethe y de Humboldt. También le planteó la cuestión de los judíos. Aún de sobremesa en casa de Jaspers, Heidegger habló ya sin vueltas; dijo entre otras cosas, con un tono casi furioso, que había en Alemania demasiados profesores de filosofía, lo cual constituía un abuso, un grave desorden, pues bastaría «con dos o tres para toda Alemania». A la pregunta de Jaspers acerca de «cuáles habrían de ser esos dos o tres», Heidegger respondió con un rencoroso silencio. Finalmente, Jaspers manifestó su preocupación por el destino de Alemania conducida por Hitler. «¿Cómo puede gobernar Alemania un hombre tan inculto como Hitler?» —preguntó—; la respuesta de Heidegger fue: «La (*Bildung*) es por completo indiferente; pero, ¡observe usted las maravillosas manos de Hitler!»²¹.

Como habíamos dicho antes, Jaspers constata que Heidegger está tan embriagado como las masas, poseído por una suerte de histeria colectiva ante el magnetismo de la personalidad carismática en el poder. Se siente tan conmovido por ese *Rausch* que al mismo tiempo se siente culpable él mismo por ese contagio colectivo; amargamente lamenta no haber prestado más atención a Hannah Arendt —¡que fue tan amiga de Heidegger!—, quien ya le había advertido con toda claridad, un año antes de que Hitler llegara al poder, hacia dónde se dirigía fatalmente el movimiento nacionalista. Vuelve a plantearse las preguntas decisivas —todavía hoy para nosotros—: «¿Puede haber una filosofía que sea verdadera como obra, aunque su función en la facticidad del pensador sea falsa? ¿En qué relación están el pensar y la *praxis*? ¿Qué es y qué hace en realidad Heidegger?»²²

Jaspers confiesa que esas preguntas no pudieron ser respondidas. Nosotros aún giramos en torno a ellas medio siglo más tarde. Como es sabido, a la «caída» de Heidegger siguió un largo tiempo de estudio, meditación, seminarios, conferencias; pero nin-

²¹ Karl Jaspers, *Philosophische Autobiographie*, p. 102.

²² *Philosophische Autobiographie*, p. 102.

gún documento del estilo de la controvertida Carta VII de Platón, salvo el aludido de 1945 y la entrevista en *Der Spiegel* que habría de mantenerse secreta mientras viviera el filósofo. Toda referencia hecha en forma pública a la cuestión de su compromiso de 1933 —así parece pensar Heidegger— perjudicaría su misión de pensador del ser. Así, pues, la «preocupación y el desvelo por el pensar del ser» estaría *más allá del bien y del mal*. Tal es la postura de Heidegger —y entre nosotros la de sus más obsecuentes seguidores, que, más allá de su profundo pensamiento filosófico, no admiten la posibilidad de un error humano en el maestro—. Pero quizás es precisamente esta «insularización de la filosofía»²³, esta terrible desconexión entre el pensar y la vida concreta del hombre en el mundo, lo que hace a Heidegger y a algunos de sus discípulos carentes de espíritu crítico, tan vulnerables a la seducción del poder, o dicho más claramente, a la fascinación de la vida en su dimensión emocional y profunda, que ellos creen ver revelada en las manos o en la mirada del hombre carismático en el poder.

¿No habría aquí, entonces, una especie de inversión perversa del sonido de aquellos versos de Hölderlin que frecuentemente cita Heidegger: «Pero allí donde está el peligro nace también lo que salva»? En efecto, más bien parece que tanto la desgraciada aventura política del maestro como los juicios de algunos discípulos cargados por la personalidad carismática, confirmaron lo contrario: *ven como salvación precisamente aquello que pone en peligro la posibilidad de existir auténticamente en una comunidad de seres libres y responsables*, que fundamentan racionalmente sus decisiones y no las dejan en manos de ningún *Führer, Duce, Caudillo o Conductor...* No estaría de más —a pesar de los aires postmodernos que corren— volver la mirada a la modernidad que se expresa en la respuesta de Kant a la pregunta *Was ist Aufklärung?*:

¡Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento! He aquí la divisa de la Ilustración. (...) Pero la mayoría de los hombres, a pesar de que la naturaleza los ha librado desde tiempo atrás de conducción ajena, permanecen con gusto bajo ella a lo largo de la vida, debido a la pereza y a la cobardía. Por eso es fácil a los otros erigirse en tutores... ¡Es tan cómodo ser menor de edad!²⁴.

²³ Ezequiel de Olayo, «Heidegger y la insularización», *Vuelta* 142 (sept. de 1988), pp. 53 s. Osvaldo Guariglia subraya que «lo que fundamenta filosóficamente al fascismo... es la pura decisiónalidad (Entschlossenheit) que no se rige por ningún criterio racional objetivo, sino que se hunde en la íntima experiencia de una existencia indigente, destinada a la nada», como la que describe Heidegger en *Sein und Zeit*, § 62. Cfr. Osvaldo N. Guariglia, *Ideología, Verdad y legitimación*. Buenos Aires: Sudamericana, 1986, espec. p. 63, «comentario».

²⁴ «La Ilustración consiste en el hecho por el cual el hombre sale de la minoría de edad. Él mismo es culpable de ella. La minoría de edad estriba en la capacidad de servirse del propio entendimiento, sin la dirección del otro», etc. Immanuel Kant, «Respuesta a la pregunta ¿Qué es la Ilustración?», en *Filosofía de la historia*. Trad. y notas de Emilio Estiú. Buenos Aires: Nova, 1958, p. 57.

Mario A. Presas

«...y recuerdo una brisa triste
por los olivos».

García Lorca



La sangre derramada.
163×137 cm. óleo
sobre tela